
SOBRE VIDAS AMERICANAS. LOS USOS DE LA BIOGRAFÍA EN DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO, JUAN BAUTISTA ALBERDI Y JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, DE PATRICIO FONTANA

Roberto Velázquez Rossi
Universidad de Buenos Aires
velazquezrossir@gmail.com



∞

Vidas americanas. Los usos de la biografía en Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez, de Patricio Fontana; Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2024; 352 pp.; ISBN: 978-987-558-927-8.



Con un rápido recorrido por las librerías argentinas actuales se puede constatar la enorme vigencia de un género literario antiquísimo: la biografía. De políticos y deportistas a cocineros y el último *influencer* de moda, ningún personaje parece escapar a esta voracidad biográfica. No exageramos si decimos que, bien entrado el siglo XXI, la biografía nos asedia. Patricio Fontana, jefe de trabajos prácticos de Literatura Argentina I de la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, con su libro *Vidas americanas. Los usos de la biografía en Domingo Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez*, la convierte en su objeto de estudio. El autor se remonta a los orígenes de este género en nuestra literatura en el siglo XIX para investigar las razones que animaron a estos escritores de la llamada generación del 37 a pensar y crear biografías, los motivos por los cuales eligieron a sus biografiados, y no a otros, y los distintos procedimientos con los que construyeron los relatos de estas vidas.

Fontana abre el capítulo introductorio con la idea de *desierto biográfico*: los intelectuales de la generación romántica entendían que la nación que empezaba a formarse carecía de nombres propios que permitieran forjar una identidad compartida por sus habitantes. A partir de esta falta, se lanzaron a la tarea de escribir biografías de hombres que pudieran servir como forma de acceso al conocimiento de nuestra reciente historia y, de paso, como ejemplos virtuosos a los que imitar o, en el caso de Sarmiento, incluso contraejemplos de aquello que la nueva nación debía dejar atrás. No obstante, Fontana no analiza solo estos dos usos, el histórico y el ejemplificador ya que, y en esto radica una de las dimensiones más interesantes e innovadoras de su investigación, estudia otros usos que estos escritores le otorgaron a sus textos: es lo que él llama *disponibilidad*, es decir, la biografía como un género disponible para los más diversos usos, desde la campaña política hasta la catarsis personal. En “Introducción”, el autor también nos aclara la elección del título. ¿Por qué vidas americanas y no argentinas? Las razones son varias: el hecho de que algunos biografiados no habían nacido en el territorio que hoy es Argentina, la imprecisión que imperaba en la época sobre lo que entraba en el molde de “lo argentino” y además porque estos escritores no solo reflexionaron respecto a lo incipientemente nacional sino también sobre cuestiones de índole americana. Por otro lado, Fontana realiza un completo estado de la cuestión sobre el género biográfico y aborda los inestables vínculos que ha habido entre historia y biografía: ¿es esta última un medio válido para conocer la primera? A partir de los estudios de diversos investigadores como Arnaldo Momigliano, Sabina Loriga, Françoise Dosse y, a nivel local José Luis Romero, Fontana da cuenta de una paradoja: mientras que, a consecuencia de los cambios en los estudios historiográficos producidos a finales del siglo XVIII, durante todo el siglo siguiente la biografía es puesta en tela de juicio en la academia como medio legítimo de acceso a la historia, al mismo tiempo se vuelve un género de alta difusión entre los lectores europeos y norteamericanos.

“No hubo en la Argentina un biógrafo más entusiasta que Sarmiento” (37), afirma Fontana al inicio del capítulo 1, “Sarmiento lector y autor de biografías”, cuya primera parte está abocada al estudio de las reflexiones teóricas del sanjuanino sobre la biografía. Allí se analiza la importancia que la lectura de biografías tuvo en la formación de Sarmiento como escritor y su creencia en la capacidad del género para popularizar la historia: personalizando complejos procesos históricos, la biografía la haría más accesible a las masas (Sarmiento llegó incluso a proponer al gobierno chileno que premie a jóvenes que decidan escribir biografías) y, además, les ofrecería modelos de vidas ejemplares (él mismo tradujo del francés en 1844 una obra sobre la vida de Jesucristo). Fontana remarca que para Sarmiento la pasión biográfica fue tal que consideraba que este género llegaría a

convertirse en la literatura más original que desde América se podría ofrecer al mundo. En este sentido, estas vidas americanas solo debían ser narradas por escritores americanos ya que, al pertenecer al mismo medio, podrían cabalmente entenderlas, y en esto radicaría el mayor activo de estos autores. La biografía tendría, entonces, un nuevo uso: no solo la educación de estas flamantes naciones mediante una suerte de *utopía letrada* sino también el posicionamiento de los nuevos escritores americanos en la *República mundial de las letras*.

En la segunda parte del capítulo, Fontana se adentra en los textos biográficos de Sarmiento, a los que agrupa en ejes temáticos: biografías de pasaje, término que toma prestado de la crítica Cristina Iglesia, bajo las que incluye aquellas sobre hombres que han cruzado de un lado a otro los límites de la civilización y barbarie, como las que se pueden leer en el *Facundo* sobre Prudencio Torres y José Bernardo Navarro; familiares del propio Sarmiento, como las narradas en *Recuerdos de provincia* sobre José de Oro y Domingo de Oro; biografías sobre abogados ubicados por el sanjuanino claramente dentro del polo civilizatorio, como la de Vélez Sarsfield y el chileno Manuel Gandarillas; y aquellas sobre vidas que han conocido las vicisitudes de las guerras sudamericanas, entre ellas las de San Martín y su hijo Dominguito. Al final de este capítulo, se analiza con detenimiento la influencia que los escritos de y sobre Benjamin Franklin y Abraham Lincoln han tenido en Sarmiento y los diversos trabajos que este ha efectuado en relación a ellos.

El capítulo 2, “Sarmiento biógrafo de caudillos”, Fontana lo reserva al estudio de los textos consagrados a Félix Aldao, Facundo Quiroga y Ángel Vicente “El Chacho” Peñaloza. El primero fue un personaje singularísimo de nuestra historia, con una vida que tuvo verdaderos tintes novelescos: un religioso que abandonó los hábitos para convertirse en soldado y hasta gobernador de Mendoza. A su vez, el análisis de la biografía sobre el fraile apóstata sirve para conectar con otros textos que el sanjuanino dedicó a religiosos. En este recorrido pueden notarse los perfiles marcadamente antitéticos que poseían los elegidos: vidas hagiográficas de sacerdotes casi santos, como Francisco Ruiz de Ovalle y Balmaceda; o Pedro Ignacio de Castro Barros, ultraconservador conocido por los castigos que propinaba a sus estudiantes; así como también la vida de Gregorio Funes, clérigo que reformó y actualizó la currícula en la Universidad Nacional de Córdoba. En relación a Quiroga, se realiza un repaso sobre los debates que ha habido a lo largo de nuestra historia cultural respecto a la clasificación genérica del *Facundo*, desde sus primeros lectores hasta Ricardo Piglia. Fontana culmina con su propia clave de lectura y una de las hipótesis centrales del libro: más allá de la heterogeneidad de los materiales que lo componen, el género del *Facundo* es la biografía, y esto se debe a múltiples motivos, no siempre tenidos en cuenta por la crítica: el aparato paratextual que lo rodea, los proyectos literarios de los que Sarmiento se vio influenciado (como por ejemplo el de Walter Scott y su *The Life of Napoleon Buonaparte*), el uso que le quiso imprimir a su libro (el fácil acceso a la historia por parte de los lectores), la presencia reiterada de anécdotas. En cuanto al “Chacho” Peñaloza, Fontana nos propone leer el texto sarmientino como una variante biográfica, la tanatografía, ya que, más que contar su vida, a Sarmiento le interesaría narrar el contexto y los años previos a la muerte para de este modo legitimar su asesinato: la biografía, entonces, como sepultura textual.

El capítulo 3, “Alberdi y los héroes de la paz”, nos permite sumar un nuevo episodio al célebre enfrentamiento entre este y Sarmiento dado que ambos tenían posturas disímiles sobre el género biográfico. A través de un análisis de los escritos póstumos de Alberdi, Fontana hace un recorrido por las fuertes críticas que le dedicó a Sarmiento, especialmente al *Facundo*, al que desautorizó como libro de historia, e incluso ni siquiera consideró a Quiroga como protagonista

relevante de algún proceso histórico. Es que Alberdi le cuestionó el haber dedicado un libro entero a un personaje tan pequeño como oscuro ya que, en su concepción sobre el género, las únicas vidas que merecían atención eran las ejemplares; de forma contraria, al escribir y leer sobre bandidos se corría el riesgo de querer imitarlos (Alberdi llegó a equiparar a Sarmiento con Quiroga como caudillo). En esto radicó la mayor distancia con el sanjuanino: Alberdi consideraba que los biografiados merecían ser los hombres que reflejaran un nuevo momento en la historia americana, aquellos que representasen valores pacíficos y civilizatorios, para poder dejar atrás de forma definitiva la exaltación del paradigma guerrero y violento que acentuaba el atraso. Para Alberdi, hubo tres vidas que cumplieron con esos requisitos y procedió a biografíarlas: Manuel Bulnes, Presidente de Chile entre 1841 y 1851; William Wheelwright, empresario nacido en Estados Unidos en 1798, que desarrolló empresas de vapores y ferrocarriles en Sudamérica; y, a nivel local, Juan María Gutiérrez, del que llegó a decir que contribuyó a la libertad del país en mayor medida que San Martín. En este sentido, Fontana sostiene que Alberdi convirtió a sus biografiados en símbolos, desmaterializándolos, erigiéndose cada uno de ellos en abstracciones alegóricas del buen administrador, el empresario modelo y el hombre de Estado, respectivamente.

Si Sarmiento decidió narrar las vidas de aquellos hombres que encarnaron los procesos históricos de su época y Alberdi se abocó a aquellos que simbolizaron una nueva cultura pacífica, Gutiérrez se inclinó por vidas, ya sea en mayor o menor medida, vinculadas a la literatura, aspecto que Fontana explora en el cuarto capítulo, “Juan María Gutiérrez: Biógrafo de escritores”. Convencido de que el incipiente país ya poseía una cultura literaria propia, Gutiérrez indagó en sus orígenes, sacando a la luz poetas casi desconocidos, escritores oscuros en palabras de Ricardo Rojas, como José Antonio Miralla y Esteban de Luca y Patrón, nombres que hoy continúan permaneciendo ignotos. El autor, asimismo, aborda los trabajos biográficos sobre Juan Cruz Varela y Esteban Echeverría, amigos de Gutiérrez. Estos trabajos son valiosos en la medida en que constituyen un capítulo inicial de la crítica literaria argentina: Gutiérrez calificó a Varela como el primer poeta cabal del país. Es el poeta funcionario, una figura que se extendería en Argentina hasta bien entrado el siglo XX (pensemos en Lugones y Borges) y, a la vez, militante, una poesía que Gutiérrez valora como original porque alababa las modernas reformas rivadavianas a pesar de revestir formas neoclásicas ya pasadas de moda en su época (“literatura administrativa”, según otros críticos posteriores menos entusiastas, como Menéndez Pelayo nos recuerda Fontana). En cuanto a Echeverría, del que Gutiérrez logró editar sus obras completas, Fontana destaca la operación del biógrafo para construir una imagen de poeta romántico y santo laico en razón de sus vaivenes emocionales y martirios álmicos (poeta torturado, diríamos hoy). Fontana despliega una hipótesis que merece atención: como Gutiérrez pensaba a sus literatos como figuras cuyas vidas fueron ejemplares, intentó desactivar lecturas en clave autobiográfica de la obra echeverriana, para favorecer aquellas que la vinculaban a la patria y el compromiso social (a pesar de que no sirvió a la nación como guerrero ni como funcionario, Echeverría la honró escribiendo versos, nos querría haber dicho Gutiérrez). En suma, nuestro primer crítico literario construyó a partir de sus biografías, y en los orígenes mismos de la literatura argentina, la figura de escritores comprometidos *avant la lettre*.

Por último, Fontana cierra su libro con “Supervivencias”, epílogo en el que analiza la influencia que tuvieron estas biografías en textos posteriores, como antecedente tanto de escrituras propiamente históricas, el caso de Mitre, como de escrituras ficcionales, para finalizar con una

pregunta en relación a la biografía de los biógrafos: ¿cómo se imaginaban Alberdi y Sarmiento que serían recordados *post mortem*?

Hasta el momento, la crítica ha puesto el foco mayoritariamente en los aspectos autobiográficos de la literatura nacional decimonónica, desde el ya clásico *La literatura autobiográfica argentina*, de Adolfo Prieto de 1962, a *At Face Value. Autobiographical Writing in Spanish America*, de Silvia Molloy de 1991, y *Un huracán llamado progreso: utopía y autobiografía en Alberdi y Sarmiento*, de Adriana Rodríguez Pérsico, editado en 1992. Faltaba una obra que aunara un trabajo sistemático y profundo sobre la obra biográfica de estos miembros de la generación del 37: este libro viene a ocupar ese espacio. Resultado de la reescritura de la tesis doctoral que Patricio Fontana defendió en 2013, esta reciente publicación por parte de la editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, en su colección “La ideología argentina y latinoamericana. Colección homenaje a Oscar Terán”, permite que este valioso estudio salga del claustro universitario y encuentre más lectores interesados en la materia. El momento resulta oportuno: si las figuras de Sarmiento y Alberdi siguen generando controversias en el debate político en pleno siglo XXI, exaltados o denostados, qué mejor manera que indagar en los escritos biográficos de estos tres autores para comprender de forma exhaustiva, en sus coincidencias y diferencias, el tipo de nación que anhelaban, así como también el ciudadano que tenían en mente para la sociedad que vislumbraban y la clase de dirigentes y hombres de Estado que aspiraban a la conducción del naciente país. En este sentido, *Vidas americanas* contribuye no solo a ensanchar el conocimiento académico sobre los albores de nuestra cultura nacional, sino también a enriquecer la discusión pública actual.